
Historia intelectual y cultural

Robert Darnton

En Estados Unidos, un malestar se extiende en el gremio de la historia intelectual. Hace veinte años los practicantes de esa disciplina la veían como la reina de las ciencias históricas. En la actualidad parece que la volvieron humilde. No hubo ningún derrocamiento dramático; pero después de la realineación de la investigación durante las dos últimas décadas, la historia intelectual está por los suelos, rodeada de nuevas variedades rudas de la historia sociocultural y de un lenguaje enloquecedor: *mentalité*, *episteme*, paradigma, hermenéutica, semiótica, hegemonía, desmenuzamiento y descripción abigarrada.

Es evidente que a algunos historiadores todavía les acomoda el marco intelectual que establecieron Arthur Lovejoy y Perry Miller, en tanto que seguimos encontrando “ideas-unidad” y “mente” entre la proliferación de términos más de moda.¹ Pero la tendencia hacia la autoconfirmación y el autocuestionamiento forzados puede verse en cualquier lugar en el que los practicantes de la historia intelectual discutan el estado de su oficio —y las discusiones historiográficas— metodológicas se han multiplicado en los últimos años. Hace poco, Murray Murphey iniciaba un artículo con un lamento: “Hace treinta años la historia intelectual ocupaba un lugar envidiable en las universidades de Estados Unidos; sus cursos estaban hasta el tope y sus practicantes —personas como Merle Curti, Ralph Gabriel y Perry Miller— eran famosos en todo el gremio, y

de hecho fuera de él. Pero treinta años produjeron un cambio profundo. Los estudiantes ya no ven a la historia intelectual como un lugar “donde pasan las cosas”, y la profesión parece aceptar que la ‘neta’ de la sabiduría histórica está en otra parte”.² Al mismo tiempo, Dominick La Capra sonó la alarma al convocar a una conferencia en Cornell sobre el futuro de la historia intelectual: “En el pasado reciente, una serie de desarrollos importantes sacudió a la historia intelectual. Los practicantes de la historia social plantearon preguntas que no se pueden responder por medio de las tradicionales técnicas de narrar o de analizar ideas. Estas preguntas versan sobre la naturaleza de las ‘*mentalités*’ colectivas y el génesis o el impacto de las ideas. Por momentos parece imperialista el ímpetu de quienes se dedican a la historia social: reducir a la historia intelectual a una función de la historia social y elevar los problemas sociales al status de problemas históricos verdaderamente significativos”.³ El mismo tema estuvo presente en una serie de ensayos que se presentó en un simposium sobre historia intelectual de Estados Unidos realizado en Racine, Wisconsin, en diciembre de 1977.⁴ Había surgido siete años antes en una mesa redonda sobre la situación de los estudios históricos, realizada en Roma.⁵ Reaparece con regularidad en las convenciones de la American Historical Association.⁶ Y se le puede detectar por todas partes en reseñas y artículos a través de los

cuales quienes practican la historia intelectual se tratan de tomar el pulso entre ellos. Lo más seguro es que muchos sostengan que nunca se habían sentido más sanos, y agradezcan la crisis actual por la oportunidad para reorientar su disciplina. Pero tanto optimistas como pesimistas concuerdan en que hay una crisis y que lo que salga de ahí depende de las relaciones entre la historia intelectual y la historia social.⁷

Esta opinión se deriva en parte de una más aguda idea sobre la historia de la historia intelectual en Estados Unidos. John Higham y Robert Skotheim mostraron que la historia intelectual y la historia social maduraron al mismo tiempo en los comienzos del siglo XX, como ingredientes en la New History de James Harvey Robinson, Charles A. Beard, Frederick Jackson Turner y Carl Becker.⁸ Los dos géneros parecían nuevos en tanto que desafiaban una idea más vieja de la historia como la política del pasado. Como aliadas se abrieron paso en los curricula universitarios, los cursos de "historia intelectual y social" proliferaron en las décadas de los veinte y treinta. Sin embargo, la alianza se derrumbó durante las dos décadas siguientes, cuando Arthur Lovejoy y Perry Miller subieron el nivel de la historia intelectual al despojarla de cualquier interés por el contexto social. Entre los norteamericanos, el éxito de Miller animó a sus sucesores para ir en busca de abstracciones: mitos, símbolos e imágenes. También se apoyaron en los intentos de Vernon Parrington, Ralph Gabriel y Merle Curti por determinar el carácter distintivo del pensamiento en Estados Unidos. Para la década de los sesenta, el movimiento de American Studies soltó las amarras que ataban a la historia intelectual con la historia social y quedó a la deriva en busca de una mentalidad nacional abstracta. En ese punto, los profesores de las universidades explotaron debajo de ellos. El conflicto racial, las "contraculturas", el radicalismo estudiantil, la guerra en el sureste de Asia, el colapso de la presidencia, destruyeron la visión de la historia de Estados Unidos como un consenso espiritual. Entraron los historiadores sociales, no a llenar el vacío sino a hacer a un lado las ruinas de la vieja New History, no para reconstruir un pasado único sino para lanzarse en diferentes direcciones. La

historia de los negros, la historia obrera, la historia obrera, la historia de las mujeres, de la criminalidad, de la sexualidad, de los oprimidos, de los inarticulados, de los marginales; se abrieron tantas líneas de investigación que la historia social pareció dominar la investigación en todos los frentes. El aliado abandonado controlaba de nuevo al gremio.

Algunos historiadores de Estados Unidos tal vez consideren exagerado o que es inexacto este recuento de su pasado profesional. Algunos siempre han hecho menos a la historia intelectual por inmanejable, si no es que por ser completamente antinorteamericana —"como tratar de clavar gelatina en la pared", en palabras de un duro historiador político viejo.⁹ Y de hecho, las variedades caseras de la historia intelectual parecen pasmadas en comparación con las de Europa. Los europeos no hablan de historia intelectual como se hace en Estados Unidos, sino más bien de historia de las ideas, *histoire des idées*, *Geistesgeschichte*, *storia della filosofia* —nombres diferentes que denotan tradiciones diferentes. Esas tradiciones se les pegaron a los estudiantes norteamericanos de la historia europea, en especial a los estudiantes que se recibieron en la década de los cincuenta, cuando las becas, los vuelos charter y un dólar fuerte hicieron más accesibles que nunca los estudios en el extranjero. Los que se quedaron en casa a menudo aprendieron su historia europea de los refugiados europeos que se pasaron a las universidades de Estados Unidos en la década de los treinta. Y los que de alguna manera escaparon a la influencia inmediata de Europa siguieron tratando temas europeos, temas transmitidos a menudo en lenguas extranjeras y localizados en un pasado remoto, en donde no había dificultad para definir el carácter o la cultura de Estados Unidos. Fuentes, maestros y temas convirtieron a la historia intelectual de Europa en algo inherentemente cosmopolita.

Sin embargo, la versión norteamericana de esa historia llegó a un punto crítico. Esto fue simultáneo a la crisis en American Studies, aunque ésta se ha desarrollado por un camino distinto. Arthur Lovejoy y Carl Becker definieron el curso entre las dos guerras. Lovejoy trazó la filiación de ideas clave sobre amplios periodos, mientras

que Becker bosquejaba el clima intelectual en áreas enteras. Pero cada uno trabajó a partir de textos clásicos, localizables con facilidad en su propia biblioteca. Crane Brinton le demostró a la siguiente generación de practicantes de la historia intelectual la importancia de seguir ideas más allá de las bibliotecas y "hasta su último refugio en la cabeza del hombre común y corriente".¹⁰ Para 1950 esta aproximación cristalizó como curso, Historia 134a en Harvard, "Historia intelectual de Europa en los siglos XVIII y XIX", y en un libro de texto, *Ideas and Men*.¹¹ Durante las dos décadas siguientes, H. Stuart Hughes y Peter Gay ampliaron el intento por trazar vínculos entre las ideas y los hombres en varios estudios de las dimensiones sociales del pensamiento. Por lo general organizaron sus libros como lo hiciera Brinton, dedicando capítulos a los pensadores y juntándolos por medio de fórmulas dialécticas: consciencia y sociedad, antigüedad y modernidad.¹² Preocupaciones similares sirvieron de inspiración a un grupo de biógrafos talentosos, Arthur Wilson, Frank Manuel y Jacques Barzun.¹³ Pero con el énfasis en "el método de los hombres", como lo llamó Brinton, creció el peligro de que la historia intelectual se convirtiera en la historia de los intelectuales y de que perdiera el contacto con el "hombre común y corriente".

Mientras tanto, los historiadores sociales redescubrían esas raras especies en Europa, o más bien reconstruían el terreno común de la experiencia para distintos grupos de hombres y mujeres usando técnicas prestadas de la demografía, la economía y la sociología. Algunos de los ímpetus de esta tendencia no vinieron de los científicos sociales sino de un grupo cosmopolita de académicos reunido alrededor de Georges Lefebvre en París y, al igual que él, reinterpretaron la revolución francesa desde la perspectiva de los campesinos y los *sansculottes*.¹⁴ La "historia desde abajo" se convirtió en un grito de batalla para aquellos que querían entrar en contacto con la masa de humanidad sumergida y rescatar del olvido del pasado las vidas de los hombres y mujeres ordinarios. Esto se extendió por toda Europa, sobre todo en Inglaterra, en donde revigorizó la fuerte tradición de la historia obre-

ra. George Rudé, E.J. Hobsbawm y E.P. Thompson escribieron estudios magistrales sobre las protestas populares y los movimientos de la clase trabajadora, y la publicación *Past & Present* defendió una visión de la historia como el desarrollo de la sociedad más que como el devenir de acontecimientos. Al mismo tiempo, una publicación hermana en Francia, *Annales: Economies, Sociétés, Civilisations*, realizaba una campaña paralela en contra de *l'histoire événementielle* y en favor de una versión conectada con la historia social: la historia como el juego en el largo plazo de estructura y coyuntura, inercia e innovación, *histoire totale*. A veces sonaban como slogans las palabras recurrentes de la llamada escuela de *Annales*, pero recibieron su fuerza a través de una sucesión de sorprendentes tesis doctorales, sobre todo las de C.E. Labrousse, Fernand Braudel, Pierre Goubert y Emmanuel Le Roy Ladurie. ~~1970~~ alrededor del eje *Past & Present-Annales* y que estuviera arrasándolo todo.

Esto ciertamente desbalanceó a muchos historiadores de Estados Unidos y fortaleció su recuperación nativa de la historia social. Los radicales clamaron por una mirada fresca a la revolución de Estados Unidos "desde abajo". Los practicantes de la historia obrera desarrollaron una idea de la historia tipo Thompson. Y los representantes en *mission* de *Annales* viajaron a las universidades del país, después de acuartelarse en Princeton, Ann Arbor y Binghamton. La moda pareció extenderse por todas partes —excepto al campo de los practicantes de la historia intelectual—. Vistos desde abajo hasta arriba, los mitos y las imágenes de los norteamericanistas casi no se alcanzaban a distinguir, y las ideas y los "ismos" de los europeistas se podían ver como ideologías o *mentalités*, esto es, actitudes colectivas, que necesitaban estudiarse a través de los métodos de las ciencias sociales. En la medida en que esta aproximación no le dejó espacio al practicante de la historia intelectual, amenazó con convertirlo en sociólogo o antropólogo. Robinson, Brinton y Hughes habían tenido la esperanza de crear un vínculo con la historia social. Sus sucesores se preocuparon de que la historia social se los tragara. Como lo dijo Paul K. Conkin,

sucumbieron ante la idea de que "la historia intelectual tuviera un breve aunque glorioso pasado, sufra un presente sitiado, y no tenga futuro".¹⁵

Antes de tratar de evaluar la validez de esa opinión, deberíamos intentar medirla junto a cierta indagación sobre la manera en que han actuado realmente los historiadores de Estados Unidos, como maestros y como académicos, desde la Segunda Guerra Mundial. Claro que sería inútil buscar un patrón de conducta preciso entre los profesores, quienes tienen fama de favorecer la idiosincrasia y la distracción más que el instinto tribal. Pero es posible localizar áreas de énfasis dentro de la profesión al considerar tres fuentes: los catálogos de los cursos, las sinopsis de las disertaciones y las publicaciones académicas.

Si los catálogos no llegan a transmitir el sabor de la sala de conferencias, describen lo suficientemente bien las materias de los cursos como para permitirnos clasificarlos por género. Ciertamente, la mayoría de los cursos abarcan varios géneros. Cubren periodos más que temas —Historia de Estados Unidos, 1865-1945, más que la Historia Intelectual de Estados Unidos desde la Guerra Civil— así que no se pueden clasificar bajo un solo rubro. Pero una minoría importante de cursos, del 17.1 % de la muestra de 1948 al 24.6% en 1978, se pueden clasificar sin ninguna ambigüedad en una de las siete categorías en los cuadros 1 y 2 que aparecen al final de este ensayo. Esos cursos indican con razonable agudeza los cambios en el énfasis en los tipos de historia que se les enseña a los universitarios de Estados Unidos. El cuadro 1 muestra su importancia relativa en ocho universidades grandes en intervalos de diez años entre 1948 y 1978. El cuadro 2 da su proporción en los currícula de ocho universidades consideradas en conjunto durante los mismos años.

La imagen varió de algún modo de campus a campus. Wisconsin se fortaleció en historia económica en la década de los cuarenta, mientras que Harvard se convertía en un bastión de la historia intelectual. Pero por todas partes prevaleció una tendencia general. Las ocho universidades ofrecieron dieciocho cursos —3.4% del total de su oferta en historia— dedicados de manera

específica a la historia intelectual en 1948-49 y setenta y dos —6.4%— en 1978-79. Así que la historia intelectual no surgió de pronto, y no declinó ante el alza de la historia social. Ciertamente, la historia social despuntó durante la década de los setenta. De una posición menor en la década de los cuarenta —siete cursos, 1.3% en total—, se convirtió en la especialidad más importante en 1978-79 —noventa y cinco cursos, 8.4% en total. Pero incluía tantas especialidades —la historia de negros, obreros, mujeres— que fortaleció una tendencia previa de los currícula hacia la expansión y la fragmentación. La expansión se dio en la década de los sesenta, cuando universidades como Yale e Indiana duplicaron su oferta de cursos en historia. Muchas facultades eliminaron sus cursos generales, hicieron más laxos sus requisitos y animaron a los profesores a que vincularan la enseñanza con la investigación. Se enriqueció la dieta educativa, pero fue una educación *à la carte*; y debió ser de difícil digestión para el universitario no sofisticado armar un programa a partir de un catálogo desquiciante. (Wisconsin ofrecía 227 cursos de historia en 1968; Princeton había ofrecido 21 en 1948). Al final es probable que el estudiante supiera algo sobre el ascenso del ghetto negro en Detroit y nada sobre la caída del imperio romano.

Al parecer la historia intelectual se resistió a la tendencia hacia la fragmentación; y tuvo la propia en la década de los setenta, cuando se frenó la expansión. La mayoría de los practicantes de la historia intelectual siguieron dando cursos generales. Si incluyeron algunos elementos de la historia social al reescribir sus conferencias y reorganizar las lecturas obligadas no se sabrá sin mayor investigación, pero parece poco probable que muchos de ellos eliminaran una parte considerable de notas de conferencias. Algunos hasta repetían sus viejas preguntas de examen. ("Si la pregunta cambia, la respuesta sigue siendo la misma", dice un proverbio profesional.) Parece que el cambio en la enseñanza es lento.¹⁶

Los cambios se dan más rápido en la investigación, que es en donde la historia social ciertamente ha ganado terreno a expensas de la historia intelectual. El cuadro 3 muestra que el porcentaje de disertaciones en historia social se cuadruplicó

entre 1958 y 1978, mientras que el porcentaje de las de historia intelectual bajó ligeramente. En 1978 había tres veces más disertaciones doctorales terminadas en historia social que en historia intelectual. La historia social llegó a desbancar a la historia política como el área de investigación más importante. De hecho, la historia política bajó significativamente durante los años sesenta y setenta —una indicación de que la historia de “acontecimientos” va a la baja en la academia, aun cuando siga siendo importante en la enseñanza. Más aún, esta tendencia habrá de acelerarse debido a un retraso de tiempo. La mayor parte de los estudiantes que se recibieron en 1978 escogieron sus campos de estudio cinco o diez años antes, cuando todavía iba en aumento la fiebre de la historia social. Los que eligieron sus campos de estudio al finalizar la década de los setenta, cuando esta fiebre estaba en su punto máximo, se encargarán de extenderla hasta que acaben sus tesis en los años ochenta. Sin embargo, su oportunidad de afectar a las generaciones futuras será limitada, ya que muchos de ellos no podrán conseguir trabajo como maestros. Los cuadros 2 y 3 confirman la impresión general de que existe una disparidad crítica entre la oferta y la demanda en la enseñanza universitaria. De 1968 a 1978 disminuyeron ligeramente los cursos de historia, pero aumentó el número de tesis, y se ha cuadruplicado desde 1958.¹⁷

Para sondear las tendencias del conocimiento académico entre los historiadores más viejos, se pueden tomar muestras de tres de las publicaciones académicas más generales y veneradas, la *American Historical Review*, el *Journal of Modern History* y el *Journal of American History*. El cuadro 4 demuestra la importancia sostenida de la historia política, que significó un tercio de los artículos de 1946 hasta 1978. Disminuyeron los artículos sobre relaciones internacionales, pero cuando se les toma junto con los de política, ocupan de manera consistente la mitad de las publicaciones. Mientras que en Europa los historiadores enterraban *l'histoire événementielle*, ésta siguió con vida en Estados Unidos. La historia intelectual conservó su salud —sorprendentemente estable, de hecho, a razón de una décima parte de la producción académica desde la década

de los cuarenta. Y la historia social se disparó, pero sólo durante los últimos diez años.¹⁸

La comparación de los datos provenientes de las tres fuentes (figura 1) sugiere la manera en que se mueven las corrientes en la profesión como un todo. Su origen sigue siendo un misterio. Pero ya que existen, primero las toman los estudiantes recibidos, luego aparecen en los cursos y luego se esparcen a través de las publicaciones más estables, después de haber incursionado previamente en las publicaciones especializadas y de vanguardia. La investigación marca el paso de la enseñanza, cuando menos entre los historiadores más jóvenes. Los historiadores de más edad parecen conservarse fieles al tipo de historia que asimilaron como graduados, tal vez porque están menos abiertos a la innovación o la necesitan menos. En cualquier caso, la profesión parece demasiado conservadora. Las tres fuentes muestran el mismo patrón de cambio, pero los cambios son mínimos. El único campo que se ha desenvuelto de manera dramática desde la Segunda Guerra Mundial es el de la historia social. La importancia de la historia intelectual ha fluctuado muy poco —tan poco que su práctica parece contradecir las jeremiadas de sus practicantes.

¿Podríamos concluir que las estadísticas revelan un caso colosal de falsa conciencia entre aquellos que han hecho su especialidad el estudio de la conciencia? La verdad es que no, porque la importancia de la historia intelectual ha disminuido relativamente junto a la de la historia social; y aunque los que practican la historia intelectual puedan estar más activos que nunca, algunos de ellos tienen una idea intuitiva exacta de un ímpetu que disminuye, de que la innovación pasa a otras manos. De hecho, podrían tomar este recuento de su situación como un síntoma de su gravedad. ¡Qué lamentable describir el estudio de las ideas por medio de estadísticas y gráficas! Todo esto sabe a cuantificación de la cultura, a la expansión de la ciencia social por sitios donde no tiene nada que hacer, al intento de reducir la vida de la mente a la sociología del conocimiento. Más valdría clavar gelatina en la pared.

Tal vez a estas alturas sería adecuado adelantar una evaluación más subjetiva de las tendencias

dentro del campo como un todo. Por desgracia, sin embargo, la historia intelectual no es un todo. No tiene una *problématique* dominante. Sus practicantes no comparten la idea de temas, métodos y estrategias conceptuales comunes. Por un lado analizan los sistemas de los filósofos; por el otro examinan los rituales de los analfabetas. Pero se puede clasificar a sus perspectivas como de "alto" a "bajo", y se puede imaginar un espectro vertical en el cual los temas se hacen sombra entre sí, atravesando cuatro categorías principales: la historia de las ideas —el estudio del pensamiento sistemático, por lo general en los tratados filosóficos—, la historia intelectual propiamente dicha —el estudio del pensamiento informal, los climas de opinión y los movimientos literarios—, la historia social de las ideas —el estudio de las ideologías y la difusión de la idea—, y la historia cultural —la historia de la cultura en el sentido antropológico, incluyendo las ideas del mundo y las *mentalités* colectivas.¹⁹

Sin duda que las ideas más elevadas atraerán a los académicos mientras haya alguien que sienta el desafío de escalar el pensamiento de los grandes hombres como Agustín y Einstein. Pero desde la Segunda Guerra Mundial, los filósofos y los críticos literarios han tendido a dejar para después el estudio histórico de los grandes libros, a cambio de explorar las dimensiones lingüísticas del significado y el significante estructural de los textos. Los historiadores tuvieron que suministrar en sus universidades buena parte de la historia de la filosofía y de la historia de la literatura, y este esfuerzo ha dejado una marca en su academicismo. En lugar de revisar esos campos vecinos por fuera, trataron de comprenderlos desde dentro. Carl Schorske, por ejemplo, desarrolló una visión "internista" de la filosofía, la literatura, el arte, la música y la psicología en la Viena de finales del siglo XIX.²⁰ Otros historiadores se han limitado a una disciplina que estudian a lo largo del tiempo. Pero al igual que Schorske, han tratado de sacar las cualidades intelectuales inherentes en sus temas y de evitar la grisura de las formas anteriores de estudio interdisciplinario. Morton White, Bruce Kuklick y Murray Murphey estudiaron la historia de la filosofía de Estados Unidos desde el punto de vista de los filósofos y

de los historiadores.²¹ Edmund Morgan, Alan Heimert, Sacvân Bercovitch y David Hall han llevado más lejos el estudio del puritanismo de donde lo dejó Perry Miller.²² Y la historia interna de la ciencia se ha extendido más que nunca.

Con cada extensión, los subcampos históricos se han vuelto más rigurosos pero también más esotéricos —una inevitable tendencia normal, ya que los historiadores se tienen que especializar para seguir la especialización en el crecimiento del conocimiento. Sin embargo, ha aparecido una tendencia en sentido contrario, y acaso esto indique que la historia social tuviera algún impacto en el nivel más alto de la historia de las ideas. En su muy técnico recuento del ascenso del pragmatismo, por ejemplo, Kuklick muestra cómo la filosofía quedó inscrita en la estructura de la universidad moderna, y se apoya en el estudio sociológico de Laurence Veysey de la universidad como institución.²³ Al trazar el desarrollo de las ideas "modernistas" en la teología protestante, William Hutchinson trata de seguir su difusión así como su elaboración filosófica.²⁴ Bruce Frier demostró que las abstracciones del derecho romano tuvieron vínculos importantes con el mercado de bienes raíces en la antigua Roma.²⁵ Y varios historiadores de la ciencia, en particular Roger Hahn y Charles Rosenberg, han mostrado el significado de grupos e instituciones de interés en el desarrollo de las teorías científicas.²⁶ La historia de la ciencia puede resultar un campo estratégico para evaluar el juego entre la historia social y la historia de las ideas, porque ésta ha expresado con mayor claridad la tensión entre las aproximaciones internas y externas al pensamiento formal. Para algunos especialistas puede parecer irreal la dicotomía, pero parecía que cabían las dos aproximaciones en la distinción de Thomas Kuhn entre las fases normal y revolucionaria en el desarrollo de la ciencia. Pero desde la primera edición de *La estructura de las revoluciones científicas* (1962), Kuhn se ha desplazado hacia la posición "internista" y de alguna manera alteró su noción de paradigma, volviéndola más adecuada a las nociones normativas que a las sociológicas.²⁷ Mientras tanto, los "externistas" mostraron cómo fue que la cultura y la política de la Inglaterra premoderna y la Alemania de

Weimar influyeron en el desarrollo del newtonismo y de la física cuántica.²⁸ Las dos tendencias podían partir por la mitad la historia de la ciencia, enviándola por un lado a la sociología y hacia la filosofía y las ciencias naturales por otro. Pero más parece que habrá de continuar la tensión creativa y que hasta la actividad científica más recóndita habrá de interpretarse dentro de un contexto cultural.²⁹

La contextualización es el rasgo más fuerte en el área de la historia de las ideas; ha provocado los avances más firmes de la última década: la historia del pensamiento político. En una serie de artículos programados seguidos por un conjunto de libros importantes, Quentin Skinner, John Dunn y John Pocock discuten que el sentido de un tratado político sólo se captura al recrear el idioma político del tiempo en el que se le escribió. Pasan el énfasis del texto al contexto, pero no para filtrar una visión reduccionista de las ideas, sean de inspiración marxista o namierista. Por el contrario, confirman la autonomía del pensamiento al traer a cuento la filosofía analítica y al tratar al pensamiento como "aseveraciones" o "actos de habla" que comportan significados particulares. Como el significado está unido al tiempo y al lenguaje, no puede ser inherente a las "ideas unidad" que imaginó Lovejoy, que entran y salen de las mentes a lo largo de los siglos; y no se le puede comprender con leer las obras de los grandes teóricos políticos como si nos pudieran hablar de manera directa. La filosofía moderna ha obligado al historiador a trabajar de una manera histórica, a revivir el pasado a través de repensar el pensamiento como lo recomendaba Collingwood. Armados de este procedimiento, Skinner, Dunn y Pocock enfrentaron los anacronismos que hay en la literatura que rodea a figuras tan importantes como Maquiavelo, Hobbes y Locke. Han abierto nuevos caminos en la historia del pensamiento político del siglo XIII al siglo XIX. Y al mismo tiempo que se enfrentaron al pensamiento en el nivel más alto, han fortalecido la historia social de las ideas como el entronque crucial en el cual las ideas pasan a ser ideologías.³⁰

La preocupación por la especificidad del contexto también dominó gran parte de la obra reciente en el nivel intermedio de la historia in-

telectual. El *grand tableau* sobre el espíritu de una época y el contundente tratado sobre la idiosincrasia de una nación parecen ser géneros agonizantes, a pesar de los enjundiosos esfuerzos de Ira Wade, Peter Gay y Rush Welter por mantenerlo con vida.³¹ En especial dentro de los estudios de Estados Unidos, los académicos pasaron de la visión holística de la vida intelectual a la visión institucional. Lo que en la década de los cincuenta pasó como carácter nacional ahora parece a muchos historiadores jóvenes la cultura de los blancos de clase media. Tienden a ver el conocimiento como poder, como la fortificación ideológica de grupos sociales específicos; y por tanto se han concentrado en la historia intelectual de las profesiones, los profesionales y la profesionalización —un proceso que ahora parece tan ubicuo que es el que le sigue de cerca al ascenso de la clase media como tema histórico.³² La profesión favorita entre los europeístas parece ser la historia. Puede ser que su elección no esté exenta de motivo, pero ha dado excelentes biografías intelectuales, sobre todo *Macaulay* de John Clive y *Ranke* de Leonard Krieger. Y en la obra de Hayden White, Nancy Struever, Maurice Mandelbaum, Donald Kelley y Lionel Gossman, la historia de la historia rebasó las viejas preocupaciones historiográficas para dar en una consideración fresca de la conciencia del tiempo y de la naturaleza lingüística del pensamiento en el pasado.³³ Los europeístas parecen más sensibles a las corrientes filosóficas europeas —la filosofía analítica en Inglaterra, el pensamiento posestructuralista en Francia—, mientras que los americanistas responden primariamente a la veta norteamericana en la sociología del conocimiento y la antropología.³⁴

Sin embargo, puede resultar erróneo distinguir con demasiada claridad las ramas europeas y norteamericanas de la historia intelectual. El énfasis en el pensamiento social es una tendencia que las reúne a ambas y que también muestra la continuidad entre las viejas generaciones de practicantes de la historia intelectual y las generaciones más jóvenes. Las obras de Martin Jay y Stuart Hughes, de David Hollinger y Morton White, de Jonathan Beecher y Frank Manuel muestran una preocupación por las dimensiones sociales del

pensamiento en ambos lados del Atlántico y del llamado abismo generacional.³⁵ El énfasis en los pensadores sociales también destaca en la biografía intelectual, un género que ha florecido en Estados Unidos mientras que en Europa va de bajada, sobre todo en Francia. Lo que hace que la biografía sea tan poco atractiva para la escuela de *Annales* —su énfasis en los individuos y en los acontecimientos más que en los cambios en las estructuras en el largo plazo— es lo que la hace interesante en Estados Unidos, en donde tienen sed de especificidad y hambre de vínculos entre la teoría social y el escenario institucional. Así, Dorothy Ross vio la historia de la psicología a través de la vida de G. Stanley Hall; Barry Karl y John Diggins vieron la madurez de la ciencia política y de la sociología en las vidas de Charles Merriman y Thorstein Veblen; y Peter Paret y Keith Baker vieron la manera en que tomó forma una ciencia sociopolítica general a través de las vidas de Clausewitz y Condorcet.³⁶ En 1972 aparecieron tres biografías de Durkheim; en 1975-76 aparecieron dos obras sobre Vico; entre 1977-78 se publicó cuando menos una docena de estudios sobre Marx; el bicentenario de las muertes de Voltaire y Rousseau en 1978 trajo tal abundancia de libros y artículos sobre una tan vasta obra ya existente que la literatura sobre los dos grandes filósofos difícilmente la puede leer un solo estudioso, especialmente si desea dominar sus propios escritos, los cuales ahora ya son accesibles en las ediciones espléndidas de Theodore Besterman y R.A. Leigh.³⁷ El estudioso de la Ilustración no puede pasar por alto el *Diderot* de Arthur Wilson y el *Montesquieu* de Robert Shackleton.³⁸ Y si necesita estudiar la dimensión transatlántica de la República de las Letras, tendrá que arar las vastas ediciones de Jefferson, Adams y los otros Padres Fundadores. Las importantes ediciones académicas de las décadas de los sesenta y setenta están creando posibilidades nuevas para el practicante de la historia intelectual, si es que no lo sobrepasan.

Este mismo historiador no se sentirá aliviado de la abundante carga documental del pasado si busca refugiarse en el nivel más bajo de estudio al que se le está conociendo como la historia social de las ideas; ya que aquí tendrá que examinar

no sólo la obra de los grandes escritores sino también su difusión, y necesitará estudiar la producción y la difusión de la literatura menor también. Los que se dedican a la historia social de las ideas pretenden seguir al pensamiento por toda la fábrica de la sociedad. Quieren penetrar el mundo mental de las personas comunes y corrientes y también el de los filósofos, pero no dejan de adentrarse en el enorme silencio que se ha tragado a la mayor parte del pensamiento de la humanidad. Sin embargo, la palabra impresa es una pista en ese vacío, ya que siguiéndola el historiador puede llegar a comprender la experiencia vivida de la literatura —al menos entre las gentes de saber y después de la invención del tipo móvil. En Inglaterra y en Francia es donde los estudiosos han avanzado más este asunto, allá donde la *histoire du livre* surgió como una subdisciplina definida. Pero los norteamericanos también parecen mostrar un interés creciente en la historia del saber, de la literatura popular, de las publicaciones y del periodismo.³⁹

Fue a través del estudio de la literatura popular de panfleto que Bernard Bailyn renovó la historia de la Revolución de Estados Unidos.⁴⁰ Mostró que la visión de los acontecimientos entre los ciudadanos comunes y corrientes fue tan importante como los mismos acontecimientos —que ellos percibían los actos de Jorge III y sus ministros a través de una densa cultura política, la cual habían heredado de sus ancestros del siglo XVII y que moldeó sus conductas a lo largo del siglo XVIII. Las obras de Pocock, Skinner y Dunn señalaron que esta cultura podía seguirse remontándola hasta el Renacimiento, con tal de que se la entendiera más como la elaboración de un idioma que como una gran cadena de ideas. Los comienzos de este proceso quedaron claros en las obras de los estudiosos del Renacimiento —sobre todo Hans Baron, Felix Gilbert, William Bouwsma, Gene Brucker, Marvin Becker, Eric Cochrane y Donald Weinstein— quienes mostraron la manera en que el humanismo cívico prendió, floreció y se expandió a lo largo de las tempestuosas historias de Florencia y Venecia. La corriente ideológica pasó de Italia a Inglaterra, en donde la Reforma se encargó de transformarla y de colorearla con instituciones locales. A pesar de las

incursiones de los namieristas y de las polémicas internas, los historiadores de Inglaterra, de Christopher Hill a J.H. Hexter, Lawrence Stone, J.H. Plumb, E.P. Thompson y John Brewer, han coincidido en la importancia central de la ideología en la vida pública inglesa durante los siglos XVII y XVIII. En ese punto, los historiadores de Estados Unidos —Edmund Morgan, Jack Greene, Gordon Wood y Eric Foner así como Bernard Bailyn— pudieron entrarle al tema de la ideología, darle algunos giros, y mostrar cómo fue que la ideología determinó el carácter de la república nueva. En cada peldaño del desarrollo de esta rica veta historiográfica, los historiadores han enfatizado la manera en que el discurso político estuvo enclavado en la vida institucional. Sin embargo, en lugar de tratar al pensamiento como un epifenómeno de la organización social lo que han intentado mostrar es la manera en que el pensamiento organizó la experiencia y cobró sentido entre la ciudadanía general. En lugar de contemplar un espíritu trascendente, han tratado de recrear un lenguaje político. Y en lugar de imponer sus propias categorías en ese lenguaje, lo han dejado hablar por sí mismo. Al evitar así por un lado el reduccionismo y por otro el anacronismo, han mostrado que el estudio de la ideología puede servir como un terreno de prueba para los problemas y métodos dentro de la historia social de las ideas como un todo.⁴¹

Al pasar a la historia cultural, uno se mueve debajo del nivel del saber y entra al territorio en el que se encuentran la historia y la antropología. El encuentro se da por lo general cuando convergen en los temas clasificados vagamente como cultura popular. Parece ser que el término les acomoda a los historiadores. Con pocas excepciones, como la de Hayden White, no se han preguntado si se refiere a un campo de estudio coherente y en lugar de eso han pasado de uno a otro tema conforme se presta la ocasión.⁴² El mayor entusiasmo se ha dado en las conferencias sobre historia francesa, en donde los norteamericanos y los franceses se han tomado las manos en feliz verbena de reportes sobre carnavales y charivari.⁴³ En su mejor expresión —en las obras de Natalie Davis, Robert Mandrou, Marc Soriano y Carlo Ginzburg, por ejemplo— esta efervescencia ha es-

timulado cierta investigación de una originalidad impactante.⁴⁴ En la peor, parece trivial y oportunista. No obstante su oportunismo, la historia de la cultura popular ciertamente no es nueva. E.K. Chambers demostró su importancia a principios de siglo, y mucho antes de que Burckhardt le diera un lugar central en su panorama de la cultura del Renacimiento. La complejidad y profundidad de la literatura sobre este tema se puede apreciar en una revisión reciente que realizó Peter Burke.⁴⁵

Sin embargo, el entusiasmo por la cultura popular es sintomático de un cambio dentro de la misma historia social. Quienes marcan el paso en este terreno, historiadores como Emmanuel Le Roy Ladurie y Lawrence Stone, quienes acostumbraban plagar sus libros con gráficas, estadísticas demográficas y modelos cuantitativos de las estructuras sociales, se han apoyado por completo para sus últimos trabajos en evidencias cualitativas, glosando referencias literarias con referencias a la antropología.⁴⁶ Uno de los libros más influyentes y antropológicos de la década de los setenta, *Religion and The Decline of Magic* de Keith Thomas, recibió críticas porque no era lo suficientemente antropológico —provenientes no sólo de los antropólogos sino también, al menos implícitamente, de un historiador social colega de Thomas, E.P. Thompson.⁴⁷ El mismo Thompson es epítome de la inflexión hacia la historia cultural y hacia una manera antropológica de entender entre los que se dedican a la historia social. Después de tratar de contar el desarrollo de la conciencia obrera dentro de las categorías del marxismo ortodoxo, Thompson se remontó más allá hasta la era preindustrial y profundizó en el estudio de la cultura de los plebeyos.⁴⁸ ¿Pero hacia dónde conduce el estudio de los palos de mayo, la magia, la música burda, la venta de esposas, las efigies de fuegos artificiales y las ejecuciones públicas?

El modo más común de juntar todo esto ha sido incluyéndolo todo bajo la categoría de *mentalité*, un galicismo apropiado, que se ha extendido en inglés y en alemán después de hacer fortuna en Francia. Sin embargo, a pesar del cúmulo de prolegómenos y discursos sobre el método, los franceses no han desarrollado una concepción coherente de *mentalités* como un campo de estu-

dio. Son proclives a cargar el término con nociones de las *représentations collectives* derivadas de Durkheim y el *ouillage mental* que Lucien Febvre sacó de la psicología de su época.⁴⁹ Todavía hay que ver si *mentalité* aguanta el peso. Pero es probable que no sobreviva a su adaptación en Estados Unidos igual que sucedió con la *Weltanschauung*. Los primeros intentos por domesticarla sugieren que habrá de disolverse en el discurso sobre las actitudes generales.⁵⁰

Si es así, los historiadores de Estados Unidos tal vez no hayan avanzado más allá de una etapa de entusiasmo confuso por el estudio de la conducta simbólica entre los “inarticulados” —es decir, los iletrados, los preletrados y los semiletrados, quienes en realidad se expresan muy bien en sus propias formas culturales. Pero ya ha habido avances, y se han dado de manera empírica, al cavar en fuentes difíciles para sacar muestras de estas formas. El material más rico se desenterró en el campo de la historia de los negros. Peter Wood utilizó los métodos antropológicos para investigar la naturaleza del lenguaje y el trabajo entre los esclavos de Carolina del Sur. Lawrence Levine se apoyó en el folklore para ver la manera en la que los negros se enfrentaron a la adversidad a través del lenguaje y de la risa. Y Eugene Genovese volvió a darle vida a la religión de los negros en una poderosa interpretación de la esclavitud como un sistema sociocultural.⁵¹ Los historiadores de los obreros, la religión y la familia han desarrollado tendencias similares de investigación al casar a la historia social y a la historia cultural.⁵² Este matrimonio tuvo lugar hace mucho tiempo en los estudios sobre el “Tercer Mundo”, en los que los historiadores tuvieron que aprender todo lo que pudieron de los antropólogos y en donde los antropólogos a menudo trabajaron en una dimensión diacrónica.⁵³ En el estudio de los indios de Estados Unidos, los antropólogos se han visto en realidad más historiadores que los historiadores, ya que la obsesión etnocéntrica de los historiadores con la carga de culpa del hombre blanco no les ha deja-

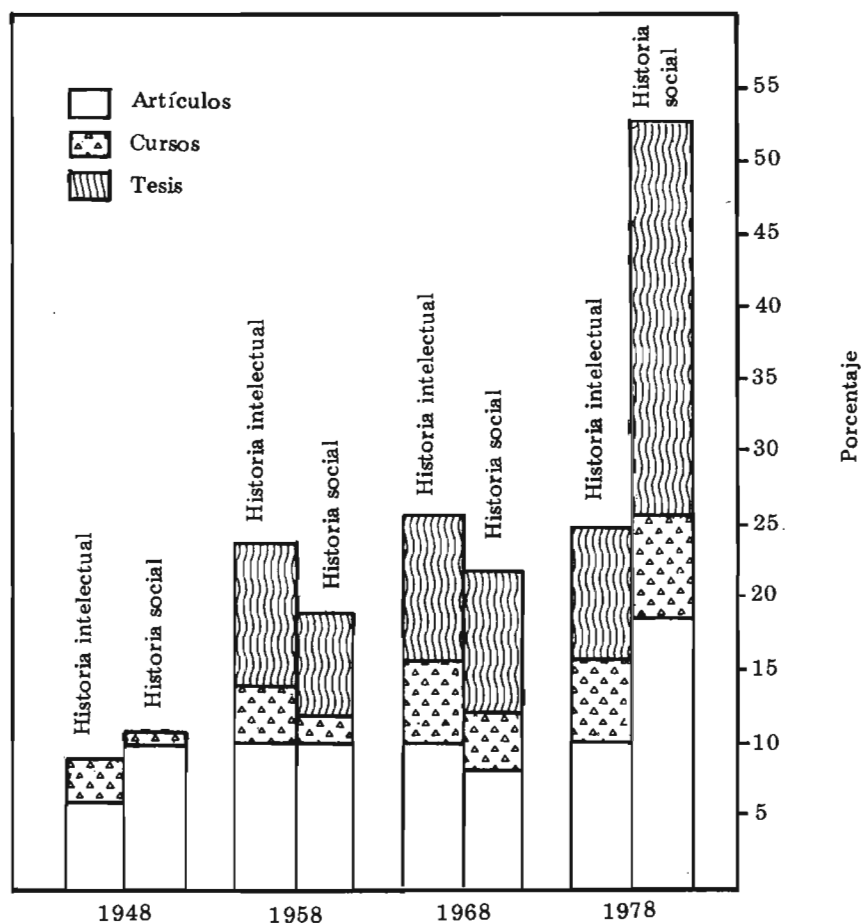
do ver la importancia de la guerra y de la diplomacia entre las tribus indias a lo largo de los siglos XVIII y XIX.⁵⁴

El empate entre la historia y la antropología ha beneficiado a ambas disciplinas, ya que esto proporciona caminos complementarios para llegar al mismo objetivo: la interpretación de la cultura. Más aún, la antropología le ofrece al historiador lo que el estudio de la *mentalité* no ha dado: una concepción coherente de la cultura, la cual Clifford Geertz definió como “un modelo de significados transmitido históricamente corporeizado en símbolos”.⁵⁵ Claro que sería fácil pescar otras definiciones en la literatura antropológica. Los antropólogos están tan en desacuerdo como cualquiera. Pero comparten una orientación común sobre los problemas de interpretación de la cultura. Ellos pueden ayudar a reorientar al historiador en sus esfuerzos por resolver esos problemas, y lo pueden encaminar en la búsqueda de modelos de significado.

La preocupación por el significado atraviesa todas las variedades de la historia intelectual, de la “alta” a la “baja”. Esto sugiere que todas se han estado renovando de maneras invisibles para las estadísticas o que no se escuchan en los gritos de alarma de quienes favorecen los antiguos modos. Claro que sería simplista dividir a la profesión entre innovadores y tradicionalistas o Polyanos o Jeremías. También sería tonto negar que algunos tipos tradicionales de hacer historia intelectual la han pasado mal durante los últimos diez años. Es probable que los historiadores futuros no produzcan muchos tratados sobre el espíritu de una época o sobre la mentalidad de una nación o sobre el eslabonamiento en grandes cadenas de ideas. Parece haber un cambio de los sectores “altos” a los “bajos” del espectro. Pero los practicantes de la historia intelectual no deben preocuparse de que desaparezcan al subir la marea de la historia social. Aunque por momentos lleguen a sentirse incómodos, traen aletas; los impulsan vientos frescos en las velas; y se mueven hacia nuevos rumbos.

**Cursos de historia especializada ofrecidos en ocho universidades
norteamericanas, 1948-78**

Universidad	Historia política	Historia Constitucional	Relaciones Internacionales	Historia Intelectual	Historia Cultural	Historia Económica	Historia Social	Total de cursos de historia ofrecidos
Harvard								
1948-49	2	2	4	5	0	1	3	82
1958-59	3	3	2	12	0	1	2	115
1968-69	4	3	7	14	0	3	4	131
1978-79	6	1	6	19	3	5	13	177
Yale								
1948-49	2	2	3	3	2	0	1	43
1958-59	2	0	4	4	2	0	2	67
1968-69	7	2	10	11	3	5	1	133
1978-79	4	1	8	12	2	2	13	133
Princeton								
1948-49	1	1	1	1	0	0	0	21
1958-59	0	1	3	1	0	2	1	27
1968-69	1	1	0	3	1	2	1	52
1978-79	1	1	1	5	2	2	6	62
Indiana								
1948-49	1	1	2	1	0	0	0	41
1958-59	0	2	2	0	0	0	0	63
1968-69	0	4	7	4	0	3	6	135
1978-79	0	4	6	2	0	4	4	116
Michigan								
1948-49	0	4	3	3	0	4	0	82
1958-59	0	4	5	3	3	6	0	132
1968-69	0	4	5	14	1	7	9	200
1978-79	0	2	3	14	1	7	16	189
Wisconsin								
1948-49	0	3	1	1	0	6	0	79
1958-59	0	2	2	2	0	8	1	107
1968-69	0	6	10	3	4	13	12	227
1978-79	0	1	5	4	7	4	13	186
Berkeley								
1948-49	0	5	4	0	3	1	2	97
1958-59	0	4	6	5	3	0	7	130
1968-69	0	6	4	7	1	2	8	146
1978-79	0	0	4	11	0	4	13	148
Stanford								
1948-49	0	1	5	4	1	0	1	86
1958-59	0	2	5	6	1	1	2	104
1968-69	0	0	7	9	2	1	5	108
1978-79	3	1	3	5	5	1	17	119



Artículos, cursos y tesis en historia intelectual y social como porcentajes de todos los artículos, cursos y tesis en historia, 1948-78.

Notas

¹ El *Dictionary of the History of Ideas* (Nueva York, 1973), 4 vols., editado por Philip P. Wiener y otros, puede considerarse como "un monumento a Lovejoy", tal y como observó un reseñista en otra empresa monumental de Lovejoy, el *Journal of the History of Ideas*: F.E.L. Priestley, "Mapping the World of Ideas", *Journal of the History of Ideas*, XXXV (1974), 527-537. Aunque este diccionario representa diferentes variedades de la historia intelectual, por lo general trata las ideas a la manera de Lovejoy, como entidades concretas que pueden trazarse a través del tiempo y a través del espacio. Compárese el prefacio del *Dictionary* con la nota introductoria de Lovejoy en el primer número del *Journal*: "Reflections on the History of Ideas", *Journal of the History of Ideas*, 1 (1940), 3-23. Véanse también George Boas, *The History*

of Ideas: An Introduction (Nueva York, 1969), y Rush Welter, "On Studying the National Mind", en John Higham y Paul K. Conkin, editores, *New Directions in American Intellectual History* (Baltimore, 1979), 64-82.

² Murray G. Murphey, "The Place of Beliefs in Modern Culture", *New Directions*, 151.

³ Circular (primavera 1979) titulada "The Future of European Intellectual History".

⁴ John Higham, "Introduction", *New Directions*, XI-XVIII.

⁵ Las ponencias de la conferencia de Roma se publicaron en Félix Gilbert y Stephen Graubard, editores, *Historical Studies Today* (Nueva York, 1972), después de aparecer en *Daedalus*. Véanse en especial los ensayos de

Félix Gilbert, "Intellectual History: Its Arms and Methods", y Benjamin I. Schwartz, "A Brief Defense of Political and Intellectual History".

⁶ La convención de San Francisco en 1973 precipitó una gran cantidad de intercambios entre los practicantes de la historia intelectual y contribuyó a la formación de un Intellectual History Group, que sacó su primera publicación en la primavera de 1979.

⁷ Como ejemplos de opiniones fuertes sobre la crisis ver Paul K. Conkin, "Intellectual History: Past, Present and Future", en Charles F. Delzell, editor, *The Future of History* (Nashville, 1977), 111, y Gene Wise, "The Contemporary Crisis in Intellectual History Studies", *Clio*, V (1975), 55. Para ver algunas reacciones más mesuradas ver Leonard Krieger, "The Anatomy of Intellectual History", *Journal of the History of Ideas*, XXXIV (1973), 499-516, y David Potter, "History and the Social Sciences", en Don E. Fehrenbacher, editor, *History and American Society: Essays of David M. Potter* (Nueva York, 1973), 40-47. Algunos historiadores franceses han desarrollado opiniones similares de una crisis dentro de su propia tradición. Ver Jean Ehrard y otros, "Histoire des idées et histoire sociale en France au XVIIIe siècle: Réflexions de méthode", *Niveaux de culture et groupes sociaux: Actes du colloque réuni du 7 au 9 mai 1966 a l'Ecole normale supérieure* (París y La Haya, 1967), 171-188.

⁸ Gran parte del siguiente bosquejo historiográfico se basa en Robert Skotheim, *American Intellectual Histories and Historians* (Princeton, 1966), y en especial la obra de John Higham: "The Rise of American Intellectual History", *American Historical Review*, LVI (1951), 453-471; "American Intellectual History: A Critical Appraisal", *American Quarterly*, XIII (1961), 219-233; (con la colaboración de Leonard Krieger y Felix Gilbert) *History* (Englewood Cliffs, N.J., 1965); y *Writing American History: Essays on Modern Scholarship* (Bloomington, IND., 1970).

⁹ William Hesselstine, citado en Skotheim, *American Intellectual Histories*, 3.

¹⁰ Crane Brinton, *English Political Thought in the Nineteenth Century* (Nueva York, 1962; primera edición, 1933).

¹¹ Véase la definición que da Brinton de la tarea de la historia intelectual en *Ideas and Men: The Story of Western Thought* (Englewood Cliffs, N.J., 1963; primera edición, 1950), 4, y la descripción del curso de Historia 134a que apareció en los catálogos de las décadas de los cincuenta y sesenta: "Un examen de los cambios en los sentimientos y teorías de los europeos occidentales comunes y corrientes en los siglos que presenciaron las revoluciones de Estados Unidos y Francia y la revolución industrial. No se trata de una historia del pensamiento formal; más preocupada con la penetración hacia abajo dentro de la multitud de teorías que profesaban los pensadores formales". El primer curso sobre historia intelectual en Estados Unidos lo dio James Harvey Robinson en Columbia en 1904. En la década de los treinta, Brinton tenía la esperanza de que su versión del "método de los hombres", distinto al "método de las ideas", acercara a la historia del pensamiento "lo suficiente a la historia social hoy de moda", refiriéndose a la *New History* de Robinson (*English Political Thought*, 4).

¹² H. Stuart Hughes, *Consciousness and Society: The*

Reorientation of European Social Thought, 1890-1930 (Nueva York, 1958); *The Obstructed Path: French Social Thought in the Years of Desperation, 1930-1960* (Nueva York, 1968); *The Sea Change: The Migration of Social Thought, 1930-1965* (Nueva York, 1975); y Peter Gay, *The Enlightenment: An Interpretation*, 2 vols. (Nueva York, 1966 y 1969). Para las discusiones comparables sobre la naturaleza de la historia intelectual y sus métodos, ver las introducciones en Brinton, *Ideas and Men*, y Hughes, *Consciousness and Society*; y Gay, "The Social History of Ideas: Ernst Cassirer and After" en Kurt H. Wolff y Barrington Moore, Jr., editores, *Essays in Honor of Herbert Marcuse* (Boston, 1967), 106-20.

¹³ Arthur Wilson, *Diderot*, 2 vols. (Nueva York, 1957 y 1972); Frank E. Manuel, *The Prophets of Paris* (Cambridge, Mass., 1962); Jacques Barzun, *Berlioz and the Romantic Century* (Boston, 1950).

¹⁴ El grupo incluía a Albert Saboul, George Rudé, Richard Cobb y K.D. Tonnesson. El libro más importante que salió de este grupo fue la tesis de Saboul, *Les sans-culottes parisiens en l'an II* (París, 1958), aunque este grupo se conoció en el mundo de habla inglesa sobre todo a partir de la obra que publicaron en inglés Rudé y Cobb.

¹⁵ Conkin, "Intellectual History", 111.

¹⁶ Según un muestreo realizado en 1953 sobre 200 universidades, los cursos sobre historia social e intelectual eran muy nuevos en las universidades y los impartían por lo general profesores jóvenes. Por desgracia, el muestreo no daba detalles sobre la tasa de cambios curriculares o sobre la importancia relativa de la historia social e intelectual, pero reunió información dispersa sobre el carácter de los cursos: H.L. Swint, "Trends in the Teaching of Social and Intellectual History", *Social Studies*, XLVI (1955), 243-251. Un manual sobre las ofertas en historia en las universidades británicas en 1966 muestra que diecinueve de treinta y cinco universidades tenían cursos en historia social y dieciséis tenían cursos en la "historia de las ideas" (George Barlow, editor, *History of the Universities*, Londres, 1966).

¹⁷ Según un muestreo de los profesores de historia que realizó David Landes y Charles Tilly en 1968, 14 por ciento de los titulares especializados en historia intelectual y 17 por ciento en historia social, y los practicantes de la historia social eran más jóvenes (David S. Landes y Charles Tilly, *History of Social Science*, Englewood Cliffs, N.J., 1971), los porcentajes se calcularon a partir de la página 23. Un muestreo realizado por el American Council of Learned Societies en 1952 dio resultados menos serios, ya que esto confundió la especialización por género y por periodo de tiempo y no incluyó a la historia social dentro de las especializaciones del género. No obstante, mostró la importancia de la historia intelectual en esa época. De 742 historiadores que se identificaron a sí mismos por género, 109 (el 15 por ciento) se decían historiadores intelectuales y culturales —más numerosos que aquellos en otras categorías excepto la historia diplomática (136 historiadores, o 18 por ciento) (J.F. Wellmeyer, Jr., "Survey of United States Historians, 1952, and a Forecast", *American Historical Review*, LXI (1956), 339-352).

¹⁸ El *Journal of American History* hizo una lista de todos los artículos dedicados a la historia de Estados Unidos que aparecieron en prácticamente todas las publicaciones periódicas de Estados Unidos, dividiéndolos según su género. En 1978 incluyó a la historia intelectual, aun-

que no la historia política, entre sus categorías genéricas —y enlista ¡2,131 artículos!—. Al compilarlos y computarlos, se sacan resultados muy aproximados a los que aparecen en el cuadro 4: relaciones internacionales, 6 por ciento; historia intelectual, 2 por ciento —pero los artículos sobre artes comportaban otro 3 por ciento y artículos sobre religión otro 5 por ciento; historia social, 22 por ciento; e historia económica, 4 por ciento.

¹⁹ Claro que es posible clasificar estas variedades de historia de muchas maneras. La distinción más común separa a la historia de las ideas de la historia intelectual, pero la mayor parte de los historiadores, incluyendo a Lovejoy, usa esos términos de manera confusa e inconsistente. Para esfuerzos por definir el campo y acomodarlo en subdivisiones ver Maurice Mandelbaum, "The Historiography of the History of Philosophy", *History and Theory*, IV (1965), suplemento 5, 33-66; Hajo Holborn, "The History of Ideas", *American Historical Review*, LXXIII (1968), 683-695; y Hayden White, "The Task of Intellectual History", *The Monist*, LIII (1969), 606-630.

²⁰ Ver Schorske, *Fin-de-Siècle Vienna: Politics and Culture*, y para una visión comparable de la cultura vienesa Allan Janik y Stephen Toulmin, *Wittgenstein's Vienna* (Nueva York, 1973).

²¹ Morton White, *Science and Sentiment in America: Philosophical Thought from Jonathan Edwards to John Dewey* (Nueva York, 1972) y *The Philosophy of the American Revolution* (Nueva York, 1978); Bruce Kuklick, *The Rise of American Philosophy: Cambridge, Massachusetts, 1860-1930* (New Haven, 1977); y Murray Murphey (con Elizabeth Flower), *A History of Philosophy in America*, 2 vols. (Nueva York, 1977).

²² Edmund S. Morgan, *Visible Saints: The History of a Puritan Idea* (Nueva York, 1963); Alan Heimert, *Religion and the American Mind from the Great Awakening to the Revolution* (Cambridge, Mass., 1966); Sacvan Bercovitch, *The Puritan Origins of the American Self* (New Haven, 1975) y *The American Jeremiad* (Madison, Wis., 1978); y David Hall, *The Faithful Shepherd: A History of the New England Ministry in the Seventeenth Century* (Chapel Hill, N.C., 1972).

²³ Laurence Veysey, *The Emergence of the American University* (Chicago, 1965).

²⁴ William R. Hutchinson, *The Modernist Impulse in American Protestantism* (Cambridge, Mass., 1976).

²⁵ Bruce Frier, *Landlords and Tenants in Imperial Rome* (Princeton, 1980).

²⁶ Roger Hahn, *The Anatomy of a Scientific Institution: The Paris Academy of Sciences, 1666-1803* (Berkeley, 1971), y Charles Rosenberg, *The Trial of Assassin Guiteau: Psychiatry and Law in the Gilded Age* (Chicago, 1968).

²⁷ Thomas S. Kuhn, "The Relation between History and History of Science", *Daedalus*, Primavera 1971, 271-304; "Mathematical vs. Experimental Traditions in the Development of Physical Science", *Journal of Interdisciplinary History*, VII (1976), 1-31; y *Black-Body Theory and the Quantum Discontinuity, 1894-1912* (Nueva York, 1978), un libro que debe ser una de las historias más "internalistas" de tema científico que se haya escrito.

²⁸ Margaret C. Jacob, *The Newtonians and the English Revolution: 1689-1720* (Iitaca, Nueva York, 1978), y

Paul Forman, "Weimar Culture, Causality, and Quantum Theory, 1918-1927: Adaptation by German Physicists and Mathematicians to a Hostile Intellectual Environment", *Historical Studies in the Physical Sciences*, III (1971), 1-115.

²⁹ Para ejemplo de un estudio "interno" fuerte ver Stillman Drake, *Galileo at Work: His Scientific Biography* (Nueva York, 1978), y, para una visión "externa", Daniel Kevles, *The Physicists: The History of a Scientific Community in the United States* (Nueva York, 1978).

³⁰ La literatura de y sobre estos historiadores no es muy extensa. Como ejemplo de sus escritos programáticos ver Quentin Skinner, "Meaning and Understanding in the History of Ideas", *History and Theory*, VIII (1969), 3-53; John Dunn, "The Identity of the History of Ideas", *Philosophy*, XLIII (1968), 85-104; y J.G.A. Pocock, "Languages and Their Implications: The Transformation of the Study of Political Thought", en Pocock, *Politics, Languages, and Time: Essays on Political Thought and History* (Nueva York, 1971), 3-41. Sus obras son, Skinner, *The Foundations of Modern Political Thought*, 2 vols. (Cambridge, Mass., 1978); Dunn, *The Political Thought of John Locke* (Cambridge, Mass., 1969); y Pocock, *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition* (Princeton, 1975).

³¹ Ira O. Wade, *The Structure and Form of the French Enlightenment*, 2 vols. (Princeton, 1977); Gay, *The Enlightenment*; y Rush Welter, *The Mind of America, 1820-1860* (Nueva York, 1975).

³² Además de la obra anterior de Daniel Calhoun, Roy Lubre y Corinne Gilb, ver George W. Stocking, *Race, Culture and Evolution: Essays in the History of Anthropology* (Nueva York, 1968); Mary O. Furner, *Advocacy and Objectivity: A Crisis in the Professionalization of American Social Science, 1865-1905* (Lexington, Ky., 1975); Thomas L. Haskell, *The Emergence of Professional Social Science: The American Social Science Association and the Nineteenth-Century Crisis of Authority* (Urbana, Ill., 1977); y para opiniones relacionadas, Thomas Bender, *Toward an Urban Vision: Ideas and Institutions in Nineteenth-Century America* (Lexington, Ky., 1975).

³³ Donald R. Kelley, *Foundations of Modern Historical Scholarship: Language, Law, and History in the French Renaissance* (Nueva York, 1972); Nancy Struener, *The Language of History in the Renaissance: Rhetorical and Historical Consciousness in Florentine Humanism* (Princeton, 1970); Hayden White, *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe* (Baltimore, 1973); Lionel Gossman, "Augustin Thierry and Liberal Historiography", *History and Theory*, XV (1976), suplemento 15; y Maurice Mendelbaum, *History, Man, and Reason: A Study in Nineteenth-Century Thought* (Baltimore, 1971). Ver también George Huppert, *The Idea of Perfect History: Historical Erudition and Historical Philosophy in Renaissance Florence* (Urbana, Ill., 1970); Linda Orr, *Jules Michelet: Nature, History, and Language* (Ithaca, Nueva York, 1976); y Charles Rearick, *Beyond the Enlightenment: Historians and Folklore in Nineteenth-Century France* (Bloomington, Ind., 1974).

³⁴ Entre las obras más citadas por los americanistas

están Robert K. Merton, *Social Theory and Social Structure* (Nueva York, 1968; primera edición, 1949); Peter Berger y Thomas Luckmann, *The Social Construction of Reality* (Nueva York, 1966); más recientemente Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures* (Nueva York, 1973); y sobre todo Thomas Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*. En estos momentos Foucault destaca como uno de los europeos de vanguardia más seguidos: ver Hayden White, "Foucault Decoded: Notes from Underground", *History and Theory*, XII (1973), 23-54.

³⁵ Además de las obras de Hughes, White y Manuel citadas antes, ver Martin Jay, *The Dialectical Imagination: A History of the Frankfurt School and the Institute of Social Research, 1923-1950* (Boston, 1973); David A. Hollinger, *Morris R. Cohen and the Scientific Ideal* (Cambridge, Mass., 1975); y Jonathan Beecher y Richard Bienvenu, *The Utopian Vision of Charles Fourier* (Boston, 1971).

³⁶ Dorothy Ross, *G. Stanley Hall: The Psychologist as Prophet* (Chicago, 1972); Barry Karl, *Charles E. Merriam and the Study of Politics* (Chicago, 1974); John P. Diggins, *The Bard of Savagery: Thorstein Veblen and Modern Social Theory* (Nueva York, 1978); Peter Paret, *Clausewitz and the State* (Nueva York, 1976); y Keith Baker, *Condorcet: From Natural Philosophy to Social Mathematics* (Chicago, 1975).

³⁷ Para ejemplos representativos de estas obras, las cuales son muy numerosas para enlistarlas, ver Dominick La Capra, *Emile Durkheim, Sociologist and Philosopher* (Ithaca, Nueva York, 1972); Leon Pompa, *Vico: A Study of the "New Science"* (Cambridge, 1975); Jerrold Seigel, *Marx's Fate: The Shape of a Life* (Princeton, 1978); Ira O. Wade, *The Intellectual Development of Voltaire* (Princeton, 1969); y Judith Shklar, *Men and Citizens: A Study of Rousseau's Social Theory* (Cambridge, Mass., 1969).

³⁸ El difunto Arthur Wilson fue un norteamericano que se graduó en Inglaterra. Robert Shackleton es un inglés que ha dado muchas conferencias en Estados Unidos. Al igual que otros historiadores mencionados en este ensayo —Pocock, Skinner y Stone, por ejemplo— ellos representan una tendencia académica que no se puede identificar de manera exclusiva con un país y que a menudo se le llama "anglo-sajona" en el Continente.

³⁹ Aparte de la antigua pero todavía sólida obra de Richard Altick y Robert Webb, ver Elizabeth Eisenstein, *The Printing Press as an Agent of Change: Communications and Cultural Transformations in Early-Modern Europe*, 2 vols. (Cambridge, Engl., 1979), y para una revisión reciente del tema, Raymond Birn, "Livres et Sociétés after Ten Years: Formation of a Discipline", *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century*, CLV (1976), 287-312. David D. Hall, "The World of Print and Collective Mentality in Seventeenth-Century New England", in Higham y Conkin, editores, *New Directions*, 166-180, sugiere las maneras en las que los métodos franceses se pueden aplicar a la historia de Estados Unidos. Varios americanistas —sobre todo, Stephen Botein, Norman Fierin y William Gilmore— han hecho contribuciones a la *histoire du livre*, y la disciplina está empezando a tener impacto en los estudios generales, como Henry F. May, *The Enlightenment in America* (Nueva York, 1976).

⁴⁰ Bernard Bailyn, *The Ideological Origins of American Revolution* (Cambridge, Mass., 1967) y *The Origins of American Politics* (Nueva York, 1968).

⁴¹ La literatura sobre estos temas que se mezclan es tan amplia que este recuento difícilmente podría hacerle justicia. Las tendencias complejas y a veces contradictorias dentro de esto destacan con mayor claridad en los debates que se dieron en las publicaciones periódicas y no en los libros. Ver Gordon S. Wood, "Rhetoric and Reality in the American Revolution", *William and Mary Quarterly*, XXIII (1964), 3-32; J.G.A. Pocock, "Virtue and Commerce in the Eighteenth Century", *Journal of Interdisciplinary History*, III (1972), 119-134; Aileen Kraditor, "American Radical Historians on Their Heritage", *Past and Present*, núm. 56 (agosto 1972), 136-153; Joyce Appleby, "The Social Origins of American Revolutionary Ideology", *Journal of American History*, LXIV (1978), 935-958; Bernard Bailyn, "The Central Themes of the American Revolution: An Interpretation", en Stephen G. Kurtz y James H. Huston, editores, *Essays on the American Revolution* (Chapel Hill, N.C., 1973) 3-31; y Robert Kelley, "Ideology and Political Culture from Jefferson to Nixon", *American Historical Review*, LXXXII (1977), 531-562. Los trabajos recientes sobre la Gran Bretaña y Estados Unidos en el siglo XIX muestran una tendencia similar a tratar a la cultura desde una perspectiva amplia, transatlántica: ver Daniel Walker Howe, editor, *Victorian America* (Filadelfia, 1976).

⁴² Hayden V. White, "Structuralism and Popular Culture", *Journal of Popular Culture*, VII (1974), 759-775. White desafía la distinción ordinaria entre "alta" y "baja" cultura o entre cultura de élite y cultura popular. Dadas las numerosas direcciones, hacia arriba y también hacia abajo, de las corrientes culturales, su idea parece convincente, ya sea que uno acepte o no su señalada idea de cultura "ahistórica" o estructuralista. Para una revisión más completa y más histórica sobre el tema, que también hace a un lado la distinción entre alta y baja, ver Peter Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe* (Nueva York, 1978).

⁴³ Las ocasiones importantes más recientes fueron las conferencias en París en 1977 y en Madison y Stanford en 1975. Las ponencias de esta última se publicaron bajo el título *The Wolf and the Lamb: Popular Culture in France from the Old Regime to the Twentieth Century*, editadas por Jacques Beauroy, Marc Bertrand y Edward T. Gargan (Saratoga, California, 1977).

⁴⁴ Véase en especial Natalie Zemon Davis, *Society and Culture in Early Modern France* (Stanford, 1975).

⁴⁵ Burke, *Popular Culture*.

⁴⁶ Compárese Emmanuel Le Roy Ladurie, *Les paysans de Languedoc* (París, 1966) con Le Roy Ladurie, *Montaillou, village occitan de 1294 à 1324* (París, 1975) y *Le carnaval de Romans: De la Chandeleur au mercredi des Cendres, 1579-1580* (París, 1979); y compárese Lawrence Stone, *The Crisis of the Aristocracy, 1558-1641* (Oxford, 1965) con Stone, *The Family, Sex, and Marriage in England 1500-1800* (Nueva York, 1977). Se pueden detectar cambios semejantes en las obras de Jean Delumeau, François Furet, Edward Shorter y muchos otros historiadores sociales.

⁴⁷ Hildred Geertz, "An Anthropology of Religion and Magic", con una respuesta de Keith Thomas, *Journal*

of *Interdisciplinary History*, VI (1975), 71-109, y E.P. Thompson, "Anthropology and the Discipline of Historical Context", *Midland History*, núm. 3 (Primavera 1972), 41-55. Thompson se alió después con Thomas contra Geertz: "Eighteenth-Century English Society: Class Struggle without Class?" *Social History*, III (1978), 155. Pero su primera reseña contiene críticas que son muy similares a las de Geertz; véanse sobre todo sus observaciones en las páginas 51-55.

⁴⁸ Compárese E.P. Thompson, *The Making of the English Working Class* (Nueva York, 1966; primera edición, 1963), con Thompson, "Eighteenth-Century English Society", que da una visión retrospectiva de sus ideas sobre la disciplina tiempo y trabajo, la economía moral de la multitud, la música, la cultura plebea y la criminalidad. Ya sea que Thompson haya o no establecido su ortodoxia dentro del campo de la *New Left Review*, logró desarrollar un modo literario y —acaso no le guste a él la palabra— antropológico de comprensión dentro de la historia social.

⁴⁹ El último vistazo que se le echó al campo es el de Philippe Aries, "L'histoire des mentalités", en Jacques Le Goff, editor, *La nouvelle histoire* (París, 1978), 402-423. Lo mejor de los numerosos artículos programáticos escritos por franceses: George S. Duby, "L'histoire des mentalités", en *L'histoire et ses méthodes (Encyclopédie de la Pléiade)*, París, 1961), 937-966, y Jacques Le Goff, "Les mentalités, une histoire ambiguë", en Jacques Le Goff y Pierre Nora, editores, *Faire de l'histoire* (París, 1974) III, 76-94. Para una evaluación astuta realizada por una persona ajena ver Rolf Reichardt, "Histoire des mentalités: Eine neue Dimension der Sozialgeschichte am Beispiel des französischen Ancien Régime", *Internationale Archiv für Sozialgeschichte der deutschen Literatur*, III (1978), 130-166. Reichardt discute también alguna literatura alemana, en donde la duda entre *mentalité* y *Mentalität* es semejante a la confusión entre *mentalité* y *mentality* en inglés.

⁵⁰ El término se usa irresponsablemente en varios ensayos que aparecen en Higham y Conkin, editores, *New Directions*. Ejemplo de un uso más firme ver James A.

Henretta, "Families and Farms: *Mentalité* in Pre-Industrial America", *William and Mary Quarterly*, 3a. ser., XXXV (1978), 3-32.

⁵¹ Peter H. Wood, *Black Majority: Negroes in Colonial South Carolina from 1670 through the Stono Rebellion* (Nueva York, 1974); Lawrence W. Levine, *Black Culture and Black Consciousness: Afro-American Folk Thought from Slavery to Freedom* (Nueva York, 1977); y Eugene D. Genovese, *Roll, Jordan, Roll: The World the Slaves Made* (Nueva York, 1974).

⁵² Por ejemplo, Herbert G. Gutman, *The Black Family in Slavery and Freedom* (Nueva York, 1976); Daniel T. Rodgers, *The Work Ethic in Industrial America, 1850-1920* (Chicago, 1978); James Obelkevich, *Religion and Rural Society: South Lindsey, 1825-1875* (Oxford, 1976).

⁵³ Dos ejemplos, que se apoyan en las tradiciones de la instrucción mutua entre la historia y la antropología de varias partes del mundo, son Karen Spalding, "The Colonial Indian: Past and Future Research Perspectives", *Latin American Research Review*, VII (1972), 47-76, y esto otro: Irwin Scheiner, "Benevolent Lords and Honorable Peasants: Rebellion and Peasant Consciousness in Tokugawa Japan", en Tetsuo Najita e Irwin Scheiner, editores, *Japanese Thought in the Tokugawa Period, 1600-1868* (Chicago, 1978).

⁵⁴ Richard White, "The Winning of the West: The Expansion of the Western Sioux in the Eighteenth and Nineteenth Centuries", *Journal of American History*, LXV (1978), 319-343. No se requiere leer mucho sobre la actual antropología para sacarles de la cabeza a los historiadores la creencia de que los antropólogos pecan en tres aspectos importantes: falta de dimensión de tiempo, hotivas". Véase, por ejemplo, Clifford Geertz, *Islam Observed: Religious Development in Morocco and Indonesia* (Chicago, 1968), y S.J. Tambiah, *Buddhism and the Spirit Cults in North-East Thailand* (Cambridge, 1970).

⁵⁵ Para la versión completa de esta definición ver Clifford Geertz, "Religion as a Cultural System", en *Interpretation of Cultures*, 89.